

El mundo de la historia. Una guía para explorarlo



FICHA BIBLIOGRÁFICA

DARIO MIGLIUCCI, *El mundo de la historia. Una guía para explorarlo*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2024, páginas 238, ISBN 978-84-1340-682-4.

Gonzalo Pasamar Alzuria | **Universidad de Zaragoza**

Para la enseñanza y el aprendizaje de la historia, la publicación de un libro de introducción a la historiografía constituye una circunstancia que debe ser recibida con interés y curiosidad; máxime en un panorama como el actual, en el que las corrientes historiográficas se enlazan entre sí influidas tanto por la más incontestable globalización como por una apoteósica diversidad de relatos sobre el pasado. El volumen de Dario Migliucci es, en ese sentido, una aproximación o síntesis actualizada sobre la escritura de la historia y sus pormenores, además de una interesante herramienta didáctica; un esfuerzo de carácter divulgativo de algo más de 230 páginas, que estudiantes y enseñantes agradecerán sin duda.

El libro, recién publicado por la Editorial Prensas de la Universidad de Zaragoza, pertenece a un género que viene acompañando en España desde hace varias décadas a asignaturas de historia e historiografía, y ayudando a generaciones de profesores y alumnos

a familiarizarse con la obra de famosos historiadores y con los más relevantes asuntos de la escritura histórica. Sin remontarnos a *La enseñanza de la historia* (1891, 1895²) del insigne Rafael Altamira y Crevea, muy influyente en su época y muchos años después rescatado por la casa editorial Akal (1983), el inicio de ese género se puede cifrar en la década de 1970 con el volumen del profesor Joan Reglà Campistol, *Introducción a la historia. Socioeconomía, política, cultura* (1970, 1975²). Este manual, adaptación de un texto previo titulado *Comprendre el món. Reflexions d'un historiador* (1967), llegó a las librerías cuando los universitarios españoles aprendían sobre estos temas exclusivamente gracias a las versiones de contadas obras foráneas. Con el paso de las décadas, otros estudiosos hispanos se han ido sumando a esos menesteres con nuevas síntesis y ensayos, que, aparte de cubrir las obligadas necesidades de la didáctica, constituyen igualmente un signo de la madurez que ha alcanzado la historiografía española en los últimos decenios.

Su autor ha dividido *El mundo de la historia* en once capítulos –además de una introducción y unas conclusiones– de un promedio de quince páginas cada uno (excepto el octavo, que dobla esta cifra) y le ha dado una estructura basada, como él dice, en «distintos niveles de análisis» (p. 11). Este criterio de los niveles de análisis favorece grandemente la lectura y sin duda es una buena solución para lograr una síntesis que abarque la variedad de temas que el texto presenta: los cuatro primeros capítulos para problemas filosóficos, científicos y culturales; una aproximación a la teoría e historia de la historiografía, sobre todo del siglo XX, en los capítulos cinco a ocho; el nueve, el diez y el once dedicados a las tareas del historiador actual y a la metodología de la investigación histórica; y cada uno de ellos acompañado de una relación de los libros citados en esas páginas –en ocasiones inevitablemente repetidos en varios de los capítulos–. Obviamente, resulta muy encomiable tan ingente bibliografía, pero asimismo difícil el tenerla por orientativa todo el tiempo: no siempre es la mejor y en ocasiones no pasa de aleatoriedad. Tampoco la calidad de los ejemplos se mantiene siempre. Sorprende además que el autor no haya acudido prácticamente a las síntesis y ensayos de metodología, teoría e historia de la historiografía de autoría española. Estos, surgidos en las tres últimas décadas por imperativos docentes y necesidades científicas según ha quedado dicho, tal vez le habrían ayudado a distanciarse de algunos tópicos que se deslizan en el libro.

En todo caso, las dos bases sobre las que se sustenta la presente síntesis –a saber, la importancia de la ciencia y la demostración de que los estudios históricos y su divulgación se deben considerar una actividad profesional y científica– sí constituyen sólidos supuestos para la actual enseñanza de la historia. La multiplicación de relatos sobre el pasado y la presencia de corrientes intelectuales, y aun historiográficas, que tienen a esta disciplina por mero género literario –al menos en sus aspectos formales– aconsejan una defensa optimista y enfática, aunque cauta, de los estudios históricos como la que aquí se exhibe. Además, el presente libro tiene la particularidad de que está confeccionado por un docente e investigador de brillante currículum, quien todavía tiene fresco el recuerdo de su trayectoria como estudiante y los retos que a esta etapa corresponden. Esto le permite apreciar de cerca algunos detalles que en no pocas ocasiones pasan desapercibidos a otros docentes más moldeados, y detectar problemas o prejuicios con los que llegan al Grado de Historia los alumnos, o abundar en interesantes consejos (pp. 9, 39, 170, 178 y 181). Acaso las referencias a debates y polémicas,

a veces demasiado desperdigados, hubieran merecido algunas explicaciones supplementarias –a pie de página seguramente–, lo que permitiría a los lectores mejor situarse en sus coordenadas. Por ejemplo, qué críticas ha recibido el uso que el hispanista Paul Preston hace del término «Holocausto», en un ensayo publicado hace algo más de una década, para referirse a la ferocidad del bando franquista en la Guerra Civil; o la polémica que cruzaron en los años 1950 y 1960, en el exilio, Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro sobre la identidad y la historia de España, debate que no solo interesó a los medievalistas sino también a numerosos historiadores españoles e hispanistas; o la llamada «disputa de los historiadores» (Historikerstreit) que libraron en la década de 1980 un grupo de estudiosos germano-occidentales impulsados por los comentarios del filósofo Jürgen Habermas acerca del llamado «uso público de la historia» (pp. 62 y 224).

La crítica y desmitificación de lugares comunes sobre la ciencia, el historiador y la historiografía constituyen factores clave de *El mundo de la historia*. Los cuatro primeros capítulos, dedicados al conocimiento científico, sus plataformas y los prejuicios que hoy lo rodean, o sus extravíos (opiniones seudocientíficas, «teorías alternativas», conspiranoias y relativismos incontrolados), son a nuestro juicio unos buenos prolegómenos. Marcan una orientación en el libro, merecedora sin duda de todo el asentimiento, consistente en una suerte de «punto intermedio» –la expresión es nuestra y solo es metafórica–, una postura que combina determinación y cautela sobre dilemas que atañen al concepto de verdad, a la ciencia y a la historia como ciencia. Así, la verdad científica existe, pero tiene un componente de relativismo y viene dada sobre todo por los consensos de los estudiosos (pp. 36 y 61); la historia es una disciplina científica, pero no se basa en leyes generales ni tampoco en el mero relato (pp. 83 y 226); o, en fin, este planteamiento: el compromiso social del historiador es legítimo, pero no así el «extremo opuesto», es decir, la anteposición de cualquier clase de militancia (pp. 186-188).

En los capítulos cinco a once nos situamos ya en el terreno de la teoría, la historia de la historia y la metodología. Comienzan con unas páginas sobre el sujeto, el objeto de la historiografía, y su relación con el presente y con los relatos históricos (capítulo cinco). Le siguen unos apartados sobre las diferencias entre el pasado «reconstruido» y el pasado «recordado», o entre la historia y la memoria, las periodizaciones y la direccionalidad del tiempo (capítulo seis). El capítulo séptimo es una suerte de historia de la escritura de la historia que llega aproximadamente hasta la década de 1970; y el octavo un repaso por lo que podríamos llamar las corrientes historiográficas actuales, esto es, las tendencias y paradigmas historiográficos del último medio siglo. Finalmente, los capítulos nueve a once están dedicados a las tareas, compromisos, cualidades y métodos del historiador actual.

No es fácil mantener la alzada en medio de la abrumadora tarea con la que carga el autor, y de hecho unos capítulos son más convincentes que otros. Centrémonos ahora en las tres interpretaciones, contenidas en los capítulos cinco a siete, que más nos han llamado la atención, y con las que debemos discrepar.

En el capítulo cinco es difícil estar de acuerdo con la aserción de que «la historia podía entenderse más o menos como la suma de las biografías de los héroes del pasado» (p. 78) –parecida idea se vuelve a repetir en el capítulo siete, cuando el autor asegura que «la disciplina

que fue forjándose en el siglo XIX no era otra cosa que una historia política» (p. 119)–. Los estudios de historia de la historiografía del siglo XIX han demostrado que esta idea, que procede en esencia de la memoria de la profesión que construyeron los fundadores de la llamada «la escuela de los *Annales*» en sus discursos, ensayos y reseñas, es simplemente inexacta. En aquella centuria, además de publicarse numerosas biografías y relatos de hazañas políticas, se desarrollaron géneros tales como la llamada «historia filosófica» y la «historia de la civilización», deudoras de la Ilustración dieciochista. De ellos partieron a su vez ramales novedosos como la historia constitucional, la historia del derecho y la historia económica, o se integraron otros, igualmente herederos del siglo XVIII, tales como la historia de las bellas artes, la «historia literaria» y el estudio de las llamadas «antigüedades», algo más tarde conocido como «arqueología». De hecho, en las más importantes historias nacionales (de Francia, Inglaterra, España, Portugal, etc.) de confección decimonónica nunca faltan capítulos sobre esta clase de temas. Un notable conocedor de la historiografía de ese siglo, que fue Rafael Altamira, llegó a escribir que la más importante de las innovaciones de la escritura histórica de entonces fue precisamente «la historia de la civilización» (*La enseñanza de la historia*, 1895). Cosa diferente es que en aquel siglo la historia se considerase «política» siguiendo la máxima ciceroniana de la «historia magistra vitae» o por su asociación con la prognosis o anticipación de sucesos. Así al menos lo veía François Guizot cuando afirmó que de la historia se espera «instrucciones análogas a las necesidades que prueba» (*Historia de los orígenes del gobierno representativo en Europa*, 1851).

También es discutible la afirmación del capítulo sexto de que «la parcelación del tiempo es arbitraria» (p. 99). El aserto es cuando menos equívoco. Un repaso por la historia de la historia permite igualmente observar que, aunque cambiante, la segmentación de la historia en imperios y edades no procede tacharla de arbitraria, puesto que responde a variados factores culturales. Comentarlo superaría los límites de esta reseña; baste aquí con indicar que la división tripartita en edades (Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna) se comienza a utilizar de un modo disperso en el siglo XVIII –entre los siglos XIV y XVII se consolida la imagen de cada una de ellas, digamos, por separado–, y representa una interesante novedad por aquel entonces, puesto que se la invoca para confeccionar historias universales de nuevo cuño. Ahora bien, tal periodización no se consolida hasta el XIX. El género de la historia universal alcanza entonces sus más importantes manifestaciones y se convierte en el relato acerca de una Antigüedad que deja paso a un mosaico de «Edades Medias» nacionales favorablemente valoradas, y este, a su vez, a una época de descubrimientos, periplos oceánicos, culturas y poderes e instituciones del continente europeo, en la que la entrada de otros pueblos en la historia se mide a través del prisma de los contactos que Occidente estableció con ellos. Ciento es, sin embargo, que el consenso que pudiera existir sobre la división de la historia en edades –el debate se remonta a los años de entreguerras– se ha esfumado en las últimas cinco décadas.

En el capítulo siete la forma de valorar tanto el historicismo como la «historia positivista francesa» también la vemos empañada por algunos lugares comunes que los estudios de historia de la historiografía vienen desmintiendo o matizando.

Efectivamente Leopold von Ranke se halla asociado al llamado «historicismo alemán» (p. 116) o «concepción alemana de la historia»¹. Ahora bien, la interpretación de esta perspectiva que difundiera Benedetto Croce, acaso el análisis más influyente de entre todos los que circularon en la primera mitad del siglo XX – «la historia como eje fundamental de todo conocimiento» (p. 117)–, pertenece más bien a un debate internacional –filosófico sobre todo–, acerca del relativismo histórico, que echó a andar no antes de finales del siglo XIX y en el que concursaron dominios y corrientes tales como el neokantismo, la hermenéutica, e incluso, transcurrida la Segunda Guerra Mundial, el llamado «positivismo lógico». Ranke, quien había fallecido en 1886, defensor siempre de la idea de historia universal, pero adversario desde muy temprano de la filosofía hegeliana, nunca utilizó el término «Historismus» ni amparó postura relativista alguna sobre la historia.

Tampoco es exacta la afirmación de que «para algunos de aquellos historiadores [franceses de finales del XIX], la gran aspiración llegó a ser incluso la de poder descubrir (...) las grandes leyes generales que se escondían detrás de los mecanismos de funcionamiento de la historia» (p. 118). Es verdad que los miembros de la «école méthodique», como se llamaban a sí mismos, manejaron un lenguaje científico, pero es discutible que se dejase llevar por el positivismo filosófico «comtiano». De hecho, para entonces las teorías del padre de esta corriente estaban totalmente desacreditadas en Francia y eran vistas como una suerte de filosofía de la historia que aquellos historiadores consideraban ajena a su oficio –y no eran los únicos, porque también la naciente escuela «durkheimiana» compartía ese rechazo–. Por el contrario, tales estudiosos tenían una concepción bastante compleja de la metodología histórica que iba mucho más allá del mero propósito de que las fuentes «hablasen» por sí mismas (p. 118).

El capítulo octavo, dedicado a las corrientes y paradigmas historiográficos actuales –especialmente los nacidos en las décadas de 1970 y 1980–, es en nuestra opinión uno de los más elaborados, si bien el concepto de «posmarxismo» (pp. 146-152) no queda claramente ubicado, o sencillamente el término no está bien elegido, dado que parece referirse exclusivamente a las décadas de 1950 y 1960, precisamente cuando la historiografía marxista occidental publica sus mejores estudios. En el subapartado titulado «La defensa de la historia» (pp. 163-166) el autor recupera el sentido crítico y de alegato en favor de la investigación histórica que había desplegado en los primeros capítulos, y asegura que «las consecuencias de este giro epistemológico [posmoderno] han sido demoledoras ya que el estudio del pasado se redujo, en los casos más extremos, al mero análisis de los discursos que se produjeron en una determinada época» (p. 164). La «reacción frente a la ola posmoderna» que invoca poco después (pp. 166-169), está siendo sin embargo más compleja de lo que parece, puesto que si dejamos a un lado algunas corrientes todavía hoy marcadas por un cierto sello «nacional» como la llamada «*histoire du temps présent*», el panorama de las dos últimas décadas lo que muestra es más bien una inusitada imbricación de tendencias, terrenos, paradigmas y temas, acomodados a la presencia de comunidades historiográficas que podríamos considerar globales².

1. Iggers, 1983.

2. Véanse numerosos ejemplos de esta imbricación en Berger, 2022.

Si el capítulo octavo podemos considerarlo uno de los más elaborados del libro, el que le sigue debemos aplaudirlo como uno de los más valientes. En él el autor prolonga el componente desmitificador para defender la figura del historiador en tanto investigador y profesor. Este capítulo trata algunos asuntos, relacionados con las prácticas de este y con los límites de la escritura de la historia, que han recabado la atención de los especialistas en los últimos tiempos, tales como los «abusos de la historia» y las fronteras éticas del historiador, y el problema de la legitimidad para formular previsiones de futuro fundamentadas.

Los capítulos diez y once dedicados a las fuentes –el primero– y a la investigación histórica –el segundo de ellos–, páginas sobre metodología propiamente dicha, completan el volumen. Mantienen el tono desmitificador y prudente y advierten del uso azaroso de fuentes que pasan por innovadoras pero que requieren de la crítica tanto o más que las más tradicionales (pp. 205 y 209). En el último capítulo, que viene a ser una continuación del noveno sobre «el historiador», cabe destacar la defensa que hace de la perspectiva histórica, en tanto atributo específico de la historiografía (p. 215). En realidad, esta defensa de la óptica histórica es hoy una de las principales razones que los más audaces historiadores aducen para justificar la importancia de la disciplina.

Bibliografía

Berger, Stefan (2022). *History and Identity. How Historical Theory Shapes Historical Practice*. Cambridge University Press.

Iggers, Georg G. (1983). *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*. Wesleyan University Press.